

NEVANDO EN LA GUINEA

Tres erres: resistencia, respeto, rebeldes

N.º 14.

AÑO 5. OCTUBRE-NOVIEMBRE DE 2021

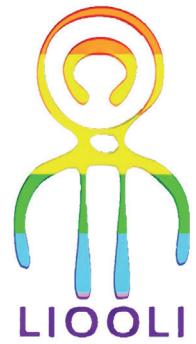


www.cuadernodebidaxune.blogspot.com



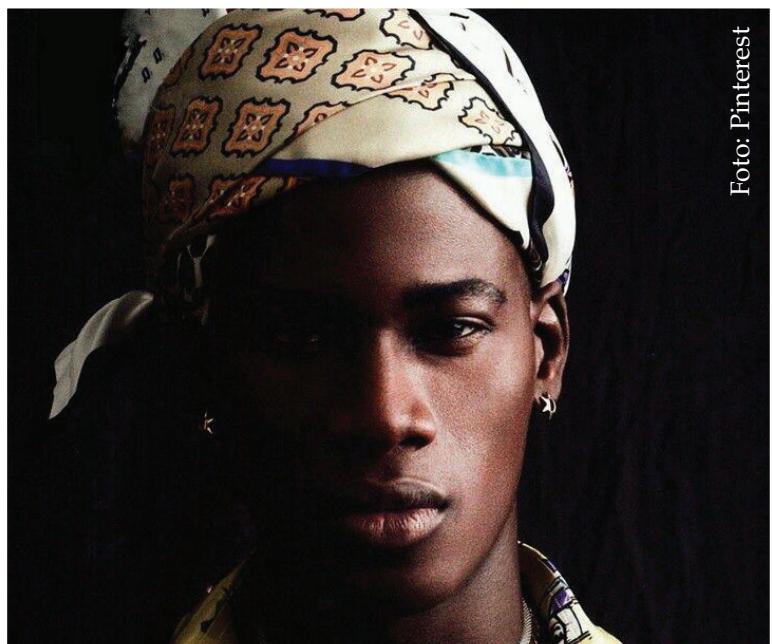
www.lioolimixturas.com

www.cappiannetta.com



N.º 14. Año 5
OCTUBRE-NOVIEMBRE DE 2021

Foto: Pinterest



CONSEJO EDITORIAL
Cecilio Olivero Muñoz
Juan A. Herdi
Juliana Mbengono

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
maquetadores.org

ILUSTRACIONES
Cecilio Olivero Muñoz

DEPÓSITO LEGAL N.º pp 2 0 1 9 0 2 DC58 789

Realizado en: Madrid-Bilbao-Barcelona-Malabo.

EDITORIAL X

Otra vez el totalitarismo es algo más que una mera amenaza en Afganistán. Por desgracia se ha vuelto una realidad tras la victoria de una facción integrista, la de los talibanes, que va a oprimir a buena parte de la población con su visión absolutista de la vida y de la sociedad. Las mujeres, a las que incluso se les prohíbe reír en público y, peor aún, se las margina del sistema educativo y laboral, las minorías religiosas y étnicas, que van a tener una cabida complicada en el nuevo sistema del país, y en general todos los disidentes de este modelo político y social son ya víctimas de un autoritarismo que vulnera a todas luces los derechos humanos.

Ni qué decir tiene que para nosotros esto es lo más grave, esa limitación a la vida que se volverá insopportable para quienes lo sufren, además del peligro para la integridad de muchas personas que ven incluso amenazadas sus propias vidas.

Pero además la cultura va a ser de nuevo otra gran víctima de este estado de cosas. La pérdida de libertades y una visión absolutista de la sociedad impiden un desarrollo libre de cualquier actividad artística, porque resulta fundamental la plena libertad para un debate social mínimo, básico para el desarrollo de cualquier sociedad, y estamos ante una nueva vuelta de tuerca hacia lo más retrogado. Atiq Rahimi, escritor y cineasta afgano refugiado en Francia desde 1984, habla en una entrevista al diario *El País* de la vuelta al oscurantismo y del peligro de muerte para

la cultura. Recordamos también el gesto valiente de la artista Kubra Khademi de pasearse en 2015 por Kabul con una armadura de metal para expresar la situación agobiante de las mujeres en su país y el peligro de estrujar la propia dignidad de las personas.

Nadie puede ser ajeno a esta situación. Ni se puede normalizar el autoritarismo, como se han normalizado otros regímenes tiránicos y absolutistas. No podemos admitir que los intereses económicos legitimen esas políticas. Defenderemos siempre la libertad de expresión y de creación en cualquier rincón del mundo. De ahí nuestro horror ante lo que pueda pasar en Afganistán, por lo que está ya pasando.

Al mismo tiempo, rechazamos que se aprovechen las circunstancias para demonizar el islam y reactivar discursos xenófobos, intolerantes y racistas. Nos resultan inadmisibles las retóricas simplificadoras que asocian determinadas corrientes de pensamiento o de creencias con modelos absolutistas, las cuales además no siempre son ciertas y si se lanzan, es por hegemonizar dichos discursos, que buscan, en nombre de un modelo democrático, levantar muros entre los diferentes colectivos humanos. La democracia plena a la que debemos avanzar se basa, hemos de recordarlo una vez más, en la dignidad de toda persona y su posibilidad de articular las creencias e ideas en un marco de pluralidad y libertad individual y colectiva. Aquí y en Kabul.

NUEVA YORK, NUEVA YORK

Todos quieren pisar Nueva York
a pesar de su vértebra rota
y de la injusticia de su Dow Jones,
la capital del mundo idiota,
tres millones de palomas y el Art pop.

Todos quieren decir la palabrota
o silbar la canción *New York, New York*,
Frank Sinatra alrededor le flota
pues cantando a la ciudad sin Dios,
hay un caldo de maragato
en los límites de cualquier profesión,
hay un paladar mojigato
con el menú inmenso *of The World*.

Áspera será tu gracia
sin encontrarte al esmirriado esnob,
cruzar la quinta avenida,
situarse en Harlem o el Bronx,
rendirse ante el placer inmediato,
y beber lubricante *on The rocks*.

Me saco la piedra del zapato
y ya no cojeo en el *Cooton Club*.

Sin embargo fumo tabaco
y de repente escucho una voz,
Era la voz del rey de América
escuchando *The Rolling Stones*.

Me situó en una carta esférica
y a trancas y barrancas me insinuó:
¿qué tal por tu Barcelona frenética?
Yo le dije: igual que en su Nueva York,
va camino de ser una martingala
con su sagrada familia y su Colón.

Manhattan, qué fría Manhattan.
Urbes sudan defrío, tiritan de calor.

FOR CAPPLANNETTA BLACK IS BEAUTIFUL

Adoro la plata del reflejo de luz en tu piel. Me aproximo a tu azul de noche y swing de jazz que pulula en los charoles. Yo quisiera ser amigo de reyes que dormitan en Harlem y buscan con una linterna las minas del rey Salomón entre los trasteros. No han inventado máquinas ni artilugios, han creado alma y espíritu para la humanidad. La marimba y los bongós trasmitten el bombolom de macadamia. Para usted, mi antepasado, mi tatarabuelo, mi ancestro olvidado, mi pariente remoto, deseo para ti paz, progreso, evolución y revolución industrial en este siglo donde la sangre vale menos que el coltán. Me sueño entre las selvas de Guinea, y brújulas sin norte buscan el negro de tu color milenario en las cloacas de una Europa desdentada. Me gusta tu color, lo sabe, lo sabe Dios. Dios, que es un anciano sabio, como Moises, como Leonardo, como Zoroastro, que derraman la bendición a los traficantes del sacrificio, sacrificio que gritan vigías del palabro como cáscaras podridas. Bendigo vuestra causa que ni insulta ni ofende a los que saben de vuestra biblioteca eterna. Compongo estos trazos con un arrullo que quiero gritar a los dueños de la pesadilla en el amarillento oprobio. Busco tus misiones en la NASA, las recopilo en mi mapa sentimental. Alma de imagen y bronce, y tacto de negro terciopelo. Me áupan

Foto: Pinterest



los antiguos andaluces que conocen la astronomía del universo con una mirada puesta en las estrellas. Soy tu Capplannetta que borra con goma de lápiz las injusticias perpetradas por el asqueroso oro negro. Ellos como amantes de la sal mineral me avisarán del hallazgo de espiga en el diamante destinado a las princesas antojadizas. Lo negro es bello, jamás el corazón negro.

Cuánto daría por un beso de esos labios de carne opulenta para ver el asombro de las conchas tan crudas por dentro. Reinas del extrarradio se esculpirán sus venas yugulares. Quisiera estar en tu Guinea y cruzar mis piernas y mis brazos ante la puerta del no retorno. Todavía esclavo, después sabrán que es mejor ser cimarrón libre que un esclavo del odio, ellos serán rabia e ira como una ola del mar levantisca, de salitre, espuma y un blancor donde fallecen de azuladas profundidades estallidos de culpa. Santa Isabel desnuda por Bioko ante los desmayos tras la patria del esculpido hombre que persigues. Haces muecas junto a tu árbol de cacao, te sientes bendecida por el mango en los yogures. Te voy a querer para que sientas que ser humilde es fundamento, aunque no deseo cloroformos arbitrarios ni escarnios entre fotos antiguas. No te olvides de tu promesa al viento.

MUÑOZ

RAQUEL

Eras azahar de aromas en mayo
y del amor la amante más fiel,
ojalá tuviera tu retrato
aunque fuera un marchito papel.

Subir peldaño a peldaño,
Raquel, Raquelísima, Raquel,
recuerdo aquel cariño de antaño
recuerdo tus besos de menta y miel.

Viniste a mi sin haberte buscado,
recuerdo los días en Lloret,
te perdí, no sé cómo ni cuándo,
borraste las huellas de tus pies,
Raquel, echo de menos tu encanto,
tus besos traspasando mi piel.

Puntiagudos tus pechos han logrado,
Raquel, Raquelísima, Raquel,
recoger tus besos de oro en paño,
la mañana vieja y un sólo porqué,
Raquel, ¿porqué te has disipado?

Como el agua aclara al café
o ¿seré yo aquel perro abandonado?
Gata que sube al tejado con cascabel,
mundo desnudo he deshojado
recordando salivado tu amor ayer,
supongo, ya te habrás olvidado
y yo no olvido el verano aquel,
un verano como ningún verano
te evaporaste como volátil fuel.

Raquel, el otoño a mi ha llegado,
ya no soy aquel que antes fue,
ya no fumo en los lavabos,
ya no juego al escondite inglés,
no quise vivir jamás despacio,
busco con microscopio tu hiel,
o entre un experimento algo extraño,
pasaje de feria, autochoque y carrusel
dejó preguntas en las que entender,
Raquel, entre tus carnes yo insisto,
Raquel, Raquelísima, Raquel.

ahora ato verbos a anfibios adjetivos
y te recuerdo mucho, Raquel,
¿cuántos incautos quedaron cautivos
y pintarán tu nombre en una pared?



Foto: Pinterest

CONTENIDO

RESEÑAS	Esta herida llena de peces. Lorena Salazar Masso	9
RELATO	Fe ciega. Estanislao Medina Huesca.....	10
RELATO	Consulta médica. Juan A. Herdi.....	18
RELATO	La luna no se la pudo tragar. Juliana Mbengono.....	20
RELATO	Los tesoros que guardé... Bertha Caridad	21
POESÍA	Es lo que ahora / Siento lo que ignoro. Rolando Revagliatti	21
POESÍA	Entre Prometeo y Jano / Lealtad. Rachid Boussad	22
POESÍA	Estamos solos. Manuel Lacarta	23



Por JAH

ESTA HERIDA LLENA DE PECES

Lorena Salazar Masso

Editorial Tránsito. 2021

Una mujer viaja con un niño por el río Atrato, en el Chocó colombiano. El niño llama a la mujer *Ma*, pero él es negro y ella, la narradora, blanca. A pesar de ello, nadie parece sorprenderse de su mutua compañía, estamos en un mundo de contrastes donde todo es posible y detrás de cada vida hay una historia o un destino que conforma la realidad, que puede llegar a ser muy variopinta. Por lo demás, no sabemos en un principio el motivo del viaje, lo vamos intuyendo a medida que avanzamos en la lectura, mientras la narradora nos describe una naturaleza exuberante y generosa, nos habla de las personas con quien viaja y con quien se cruza, nos relata los incidentes del trayecto, no siempre gratos, los peligros están siempre al acecho y la muerte demasiado presente.

De este modo, el propio río se vuelve una metáfora del destino y que va reflejando los ecos de una realidad tan insospechadamente presente. La mujer, al mismo tiempo que contempla lo que le rodea, incorpora al relato un sinfín de emociones y sentimientos que tienen que ver en gran medida con el niño al que cuida, pero también con los propios miedos y las dudas, al tiempo que con su pasado. Brotan los recuerdos que se incorporan al relato, forman parte de él. Todo conduce, inevitable, a ese destino tanto físico como emocional ante el cual, intuimos, nada es seguro,

estamos a merced de los acontecimientos sobre los que no tenemos ningún dominio. Por lo demás, se trata de un relato en el que llama la atención la presencia de unos personajes femeninos fuertes y que sin embargo, como le ocurre a la propia narradora, no ocultan sus propias cuitas y temores, las muestran incluso, lo que les vuelve a todas luces mucho más resueltas para establecer unos lazos recíprocos que les exige la necesidad de supervivencia. Aunque tal fortaleza no las salvará del propio destino.

Va así desgranándose el relato de esta primera novela de Lorena Salazar Masso. Con una prosa directa, sin ambigüedades, va construyendo este torbellino de sensaciones y emociones que atrapa al lector y lo incorpora a la trama, a una sucesión de hechos que no dan respiro y cuyo final, inesperado, impresiona y deja un poso de desasosiego e inquietud.

De este modo, Lorena Salazar Masso se incorpora plenamente a la literatura colombiana, cuya tradición, permítaseme el tópico, es una de las más potentes de la literatura tanto en castellano como mundial. En todo caso, por sí misma, estamos ante una novela bien construida, bien hilvanada, que no ha dejado nada en el tintero y en la que tampoco sobra nada. Sin duda, uno de los descubrimientos del año.



Foto: Pinterest

Por Estanislao Medina Huesca

FE CIEGA

A don Severiano no le hacía mucha gracia emprender un viaje tan largo y costoso hacia un lugar que creía innecesario e indigno de su presencia. No lo dijo en voz alta, pero lo pensaba mientras hacía la maleta. Lo cierto era que no tenía elección, si quería mantener el cariño y la confianza del hijo que había dado tanto sentido a su vida y que debía perpetuar sus genes y sus apellidos. A diferencia de él, su esposa Paca, se mostraba feliz, optimista e ilusionada. Tantoo más que las veces que, de jóvenes, ella le rodeaba la cintura y viajaban en moto hacia ninguna parte, mientras sentía la brisa lamerle abruptamente la cara y él, se

encorvaba exageradamente sobre la moto, en una curva dulce.

Era verdad que para aquel viaje, don Severiano no lucía un físico agradable de contemplar y eso le crispaba aún más. Sobre todo sino hacía mucho tiempo, había sido un portentoso mozo, de cabello desaliñado, andares de militar y una mueca distintiva que le alejaba de varias personas, a las que se acercaba de buena fe. A doña Francisca, pareció gustarle la mueca y al individuo que la portaba. Por eso, terminó aceptando su invitación a salir, descubriendo, poco después, a un hombre con ideas como las de su padre, aspecto que la embriagó aún más.



Ella era menuda, morena (seguramente de ascendencia marroquí), pizpireta y muy afable, aunque con el paso de los años, fue ensombreciéndose a causa de las discusiones, rupturas y reconciliaciones ruidosas con su marido. Después de casarse, la falta de trabajo en Segovia, decidió que vivieran en Valladolid, alejándoles de su Cuellar natal.

Pasaron ocho años desde su boda hasta que llegó por fin, Marcos a sus vidas, para alegrarlas y, de paso, evitar una ruptura anunciada. Tras su nacimiento, su padre decidió ausentarse durante varios días para estrechar, a modo de celebración, lazos fraternales con el alcohol hasta límites insospechados. Cuando regresó a casa, mermado y con olor a inmundicia, cogió a su hijo, lo sostuvo en el aire (a pesar de las protestas de suegra y mujer, en ese orden), farfulló unas palabras al bebé, lo besó, lo depositó en la cuna y cayó rendido sobre el sofá del salón donde estuvo varias horas roncando ruidosamente.

Nunca se imaginó que Marcos, al que creía educar en valores puramente españoles, terminaría casándose con una peruana que más tarde le obligaría, abandonar el remanso de paz peninsular, para surcar (de forma temeraria), el océano atlántico para asistir a una boda a la que se opusieron un estricto silencio, capitaneado por miradas profundas y mandíbulas apretadas. No quiso llevarle la contraria a su hijo, menos en presencia de la chica de ojos vivaces que lo miraba exultante y a la que besó, como lo haría Judas en un huertecillo de Getsemaní. Varias horas después de aguantar el temple como una estatua de sal, se dirigió al bar de Pepe, donde se desahogaría gustosamente, contándole su frustración a todo el que se paraba a escucharle.

Tanto él como su esposa, tuvieron miedo de dejar sola a Laura, la hija que tuvieron tres años después de que Marcos los alegrara y desmintiera la infertilidad de doña Paca. Ella, a diferencia de su hermano, simpatizó únicamente con su padre, durante los tres primeros años de su vida. Cuando se dieron cuenta de

que ella no podía ver, su actitud con ella, cambió para siempre. No fue algo que ocurriera de la noche a la mañana, simplemente pasó de a pocos. Eran otros tiempos y el qué dirán, pesó sobre los hombros de un hombre que no quiso ver más allá de lo que sus sentidos le permitieron, aún tratándose de su hija. Censuró sus salidas, sus amistades, sus deseos, pensando que la protegía del mundo y de sí misma, consiguiendo que la niña creciera con una limitación que ellos enfocaron mal. Muy mal. Con los años, doña Paca, su gran valedora, acabó remando al son de su marido, dejando a Laura, a merced de los conocimientos de su prima Elisa, quien pasaba largas vacaciones con ella. Fue precisamente esta quien se quedaría con ella durante la semana en la que sus padres estarían fuera y, como ocurre siempre que se afloja la correa de un perro curioso, acabaría descalabrandó por completo la percepción del mundo que tenía Laura.

Don Severiano y su esposa se marcharon de Valladolid, a primera hora de la mañana del diecinueve de agosto de mil novecientos noventa y nueve. Aquel mismo miércoles, Elisa abandonaría Cuéllar, para pasar una semana con su prima. En su mente, varios planes que había construido desde hacía mucho tiempo, esperando la oportunidad para que se realizaran. Elisa era un alma libre, llevada y traída por el viento. De ideas descabelladas, provocadoras, pero de buen corazón. Una veintañera rubia que odiaba la idea de ser el trofeo de un hombre, vivir a expensas de un hombre, reclinar la cabeza por un hombre y limitar su actividad sexual por los hombres. Era libre y podía hacer con su libertad lo que le salía de las trompas de Falopio, como ella misma apuntaba cuando entraba en cólera.

Pasaron la noche en casa de los padres de Laura, pero a la mañana siguiente, sin tiempo a reaccionar, estaban en un coche, dirigiéndose al sur, dirigiéndose a las puertas de Europa. Fue sencillo para Elisa, convencer a su prima. Sabía de buena gana, el voraz apetito que tenía Laura por ir más allá de su piso, más allá



de su barrio, más allá de Medina del Campo, más allá de Valladolid, más allá de Castilla y León y, sobre todo, las ganas de ir a la playa, sentir la brisa marina en su cara (predisposición genética transmitida, seguramente, por la Paca joven de la moto), tocar la arena, mojarse los pies con agua salada, embeberse de todo cuanto se había imaginado en la oscuridad de su habitación, en la oscuridad de su vida.

Su corazón cabalgaba frenética. Podía sentirlo mejor que ninguno de los que iban con ella y su prima en el coche: un primo de Elisa que se había presentado como Juanmi y otra muchacha que apenas habló durante el trayecto. La muy antisocial, prefirió esconderse tras sus cascos, heavy metal y marihuana que fumaba en cada parada que hacían, para mantenerse embotada en su mente, de la que se escapaba, de cuando en cuando, para sonreír sin motivo aparente.

Al cabo de varias horas y varias paradas, Elisa, solemne, anunció:

-- ¡Bienvenida a Sevilla, Señorita Pérez! Vacíe sus pulmones y renuévelo con aire fresco.

Laura sonrió y obedeció a su prima que había empezado a dar palmaditas.

Juanmi y su meditabunda compañera, las dejaron en un pequeño hostal, muy cerca del centro. Después de las formalidades, incluido, un sutil guiño de Juanmi a Elisa, ambas primas entraron, se registraron, abandonaron sus pertenencias y se dirigieron de inmediato a visitar todo cuanto había planeado el alma cándida de la dupla. Laura conoció Sevilla a tientas, teniendo mucho cuidado de no tropezar y avergonzar a su prima que la guiaba pacientemente, sin reparar en los transeúntes que sonreían al ver una escena tan lenta y tan cargada. Escuchó el murmullo de su alrededor, brotando en ella, sonrisas que colmaban su ansia de conocimiento como nunca antes había podido. Se sorprendió gustosamente con sonidos y detalles que terminaron haciéndola sonreír bobalicona. Su prima hizo de sus ojos y le relató, al detalle, todo cuanto ella sabía de los sitios a los que la llevó, haciendo de aquel paseo, una experiencia intensa e interesante para Laura. Visitaron La Plaza de

España, el triángulo formado por Alcázar, el Palacio Real y la Catedral de Sevilla, en ese orden y por sugerencia de Juanmi.

Después de visitar la catedral, a aplaudida conveniencia mutua, se dirigieron a su alojamiento para descansar de un día tremenda-mente productivo. Laura no tuvo tiempo de charlar con Elisa, en cuanto su cuerpo rozó el colchón, dimitió de la realidad y se encomen-dó al todopoderoso Morfeo que acude laudo, los días de soberbio cansancio.

A la mañana siguiente, Elisa recogió la habita-ción y apuró a su prima para que abandonaran el hotel, cruzaran la ciudad en taxi hasta la estación y ahí cogieran un autobús que iba hasta Sahara de los Atunes, a disfrutar de las playas. No es que Elisa quisiese recalcar el dicho cristiano sobre los que madrugaran. Ella simplemente era de la opinión de aprovechar todas las horas de sol de un día, por lo frágil y dilatada que es la vida.

Dos horas y media después, llegaron a su des-tino y sin tiempo a oler el ambiente, se diri-gieron a la playa. Los ayudó un taxista locuaz con un acento que hizo reír a Laura, a pesar de no poder ver al hombre que hablaba. Ter-minaron riéndose todos. Al llegar a la playa, se apearon y se dirigieron a la arena. El ritmo cardíaco de Laura fue en *crecendo* a medida que se acercaban al agua. Sus pies cogieron de buen grado, las caricias calientes de la arena que provocaron que ella riera. De banda so-nora, los tambores de las olas sobre la arena, los niños gritando y un extendido murmullo de vida que trataba de acallar la feroz música del mar. Una niña de nombre Paulita, estaba siendo acribillada verbalmente por una madre preocupada. Las emociones de Laura se agolparon en su pecho y aceleraron su cora-zón hasta el borde de un precipicio donde, es-peraban la cruel reprimenda de su padre y la satisfacción de cumplir un sueño. Estaba claro que la satisfacción pesaba más, pero la voz de su padre, pesaba sobre cada paso que daba.

A pesar de lo difícil que le resultó decirle que sí a su prima, cuando esta, machaconamente, trataba de convencerla, no pudo evitar recono-ner en aquel instante que había sido una



Foto: Pinterest

muy buena decisión y, seguramente, la mejor que tomaría en toda su vida. Y era así, porque aquel viaje, se convertiría en aliciente suficiente, para independizarse moral y físicamente de sus padres, de los que le habían enseñado a distinguir entre el bien y el mal, entre lo que era bueno y lo que no. Los que le mostraron el mundo como un lugar cruel, con personas crueles que vivían únicamente para crear el caos y el desánimo en el resto de mortales.

No dejó de respirar, de empaparse con todos los olores que le llegaron mientras se acercaba a la orilla, temblorosa, con sensación de ahorro, de miedo y sentimientos que jamás había experimentado. No pudo contenerse cuando el agua rozó sus pies y lloró. Lloró desconsolada. Sonrió. Lloró amargamente. Sonrió. Lloró de alegría. Sonrió. Lloro de pena. Sonrió. Lloró y desatascó sus chacras para siempre, provocando que los poros de su piel se alzaran y lloraran con ella. Lloró y Elisa la sostuvo sonriente hasta que ella también comenzó a llorar. Y lloraron juntas, abrazadas mientras

se dejaban caer de rodillas sobre la arena, piel con piel, mientras las olas del mar las abrazaron y *desabrazaron* en un singular baile.

Colocaron la toalla cerca de un chiringuito, sin antes, mantener una disputada lucha con el viento que volaba a placer, el cabello castaño de Laura. Elisa, viendo cumplido uno de sus planes, pensó que sería el momento idóneo para pensar en satisfacerse a sí misma.

– ¡Ahora vuelvo! – murmuró. – Voy a por una copa.

Sonrió para que ella supiera que lo hacía. Luego, se dirigió al chiringuito, mientras Laurane gaba con la cabeza y también sonreía. Ella, tras aplicarse crema solar, se recostó sobre la toalla, se puso las gafas y dejó que el sol la metiera mano. Al cabo de unos minutos, sintiendo las punzantes caricias del astro rey, oyó una voz grave que anunciaba la venta de artículos refrescantes. Se incorporó y alzó la mano.

– ¡Aquí, aquí, yo quiero!

El vendedor que cargaba un enorme portátil verde, se acercó hasta detenerse a escasos pasos de Laura, se colocó en cuclillas y saludó sonriente a la joven de Medina del Campo.

– ¡Hola!

– ¡Hola! – Respondió alegre – ¿Tienecalippos?

– Sí, señorita. – respondió el vendedor con su vozarrón – marchando una de calippos.

Abrió con velocidad el portátil donde llevaba los refrescos que vendía y desenteró de él un calippo de limón que ofreció sonriente a la muchacha que parecía abstraída por algo que ocurría detrás de él y quizás por eso, no se inmutó ante su ofrecimiento, por lo que el muchacho se lo acercó hasta rozarle el brazo con él.

– ¡Disculpa, estaba distraída! – mintió. – Si no te importa, mi prima está en aquel chiringuito de allá – señaló con la cabeza hacia ninguna parte – volverá enseguida. ¿Puedes esperar hasta que vuelva para pagarte lo que cuesta el calippo?

– ¡No hay problema! – Respondió alegre el muchacho. Quizás demasiado alegre para el gusto de Laura – ... aprovecharé entonces para sentarme aquí un rato y descansar, sino le importa.



Laura se encogió de hombros y luegoladeó la cabeza hacia un lado. No le importaba a Laura la presencia del muchacho, pensaba que estaba en un lugar público, atestado de gente y que tampoco perdería nada, charlando con alguien distinto a su prima, a sus padres, a sus abuelos y a su hermano. Era una oportunidad única. Desnudó el calippo y lo succionó en silencio, inconsciente del pecado que estaba cometiendo, mientras el joven que estaba a su lado, resoplaba y contemplaba el horizonte en silencio.

– ¡Menudo día! – se quejó el vendedor apoyado sobre sus hombros.

Laura sonrió al recordar que estaba hablando con una persona que no sabía que era ciega. Le pareció conveniente seguirle la corriente y mantener esa conversación que había soñado mantener siempre; sin ser juzgada, limitada o que recordasen constantemente su ceguera.

– ¡Sí! – respondió soltando un bufido. – es impresionante el mar visto desde aquí, ¿a que sí? – le buscó la lengua.

El muchacho sonrió de complacencia, agradecido por haber sido contestado por una mujer como ella, cuando era que muy pocas personas le trataban con educación. Le extrañó que no la importara su compañía, sin miedo a ser robada, violada o cualquier otra atrocidad que deambulara en la mente perversa y estereotipada del ser humano.

– A mí personalmente (y no me llame sentimental), el azul de estas aguas, no es tan azul como la pintan los poetas, los cantantes y los borrachos que descubren algo impactante a altas horas de la tarde.

Laura volvió a sonreír, confortando aún más al joven. Si le había dejado sentarse cerca, sin haber sido barrido con una retahíla de palabras malsonantes de muchos tipejos con los que interactuaba en la playa, mientras trabaja, algo bueno sacaría mostrando su lado humano, su raciocinio, su cordura y su buen manejo de la lengua castellana.

–... es simplemente azul. – terminó diciendo. Complacido por la situación y zozobrado por el cansancio, quitó el freno de manos y se tumbó sobre la arena. Laura dejó de chupar el

calippo y participó en la conversación sobre el tiempo.

– ¿Y cuánto es tan cierto que el sol es tan redondo?

El joven sonrió. Sintió que aquella preciosa mujer, de cabello castaño y piel blanca como las europeas de muy al norte, le había escuchado y además le había gustado. Se vino arriba y siguió hablando con la mujer del calippo de limón.

– Desde aquí parece redonda, pero como un círculo que pintas y no tienes la decencia de limitar la pintura en el interior del círculo, sino que decides dar suaves pinceladas, también fuera.

Había conceptos que no encajaban en los conocimientos que Laura adquirió del padre Nemesio, un amigo de su padre al que habían pedido ayuda en el pasado para enseñarle cosas básicas a Laura. En contraprestación, sin que ambas partes lo supieran, gozó manoseando lascivamente a la pequeña, a quien gritaron que mentía porque no era capaz de ver más que oscuridad. Duras palabras que hicieron que pasara por unos años muy difíciles. Sobre todo, si veníandel hombre de voz severa que había sido el mayor héroe de las

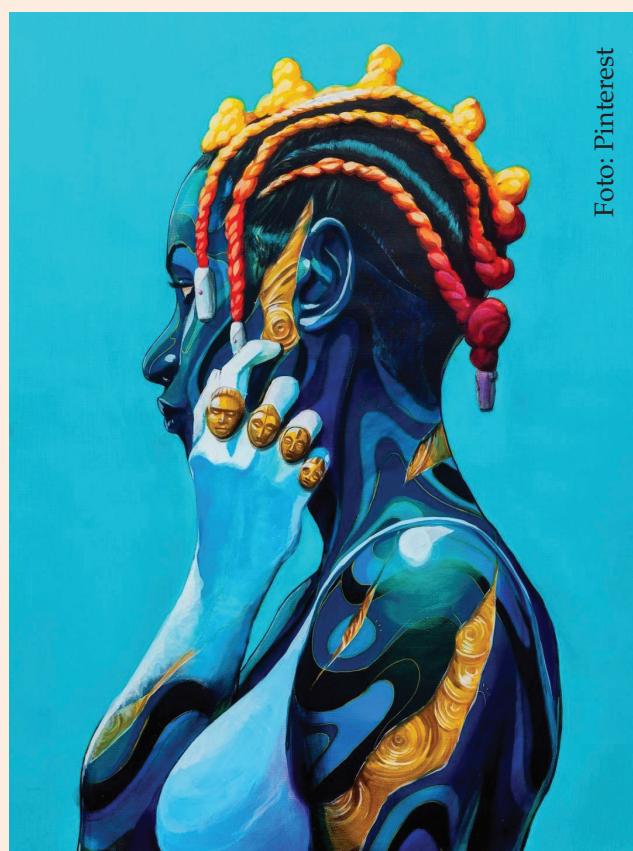


Foto: Pinterest

vozes de sus sueño. Ella no terminó de entender lo que quería decir don Nemesio con lo que era un círculo y cómo se dibujaba un círculo, más que nada porque dejó de frecuentar a sus tutorías.

Antes de que Laura volviese a hablar, una voz imponente de mujer, gritó a escasos metros de ellos: “¡Pualita, vuelve aquí que te meto!”. Una niña de aproximadamente tres años, corrió desde la orilla, cubo y paleta en mano, hacia su madre que compartía una enorme sombría con otras mujeres. El muchacho las observó y negó con la cabeza, pero no dijo nada. Entonces Laura, preguntó.

– ¿Y te parece tan amarrilla como lo pintan los poetas, cantantes y los borrachos que intentan apedrearla?

El joven se retorció sobre la arena a carcajada limpia. No tanto porque la joven le prestara tanta atención, a pesar de tener su mente y su paladar engatusados por el calippo, sino también porque seguía sin creerse que estuviera hablando y de buena manera con ella. El vendedor pidió disculpas por reírse tan airadamente, despertando el interés de las mujeres que charlaban bajo la sombría.

– Creo que es cambiante, como las luces de la discoteca. – Laura sonrió, aunque le costó relacionar los conceptos. Nunca había estado en una discoteca, ni tan poco había tenido una luz de discoteca en las manos, pero se rió... tal vez, más de lo que debía. – a veces me parece roja. Otras, naranja. Pero si tuviera que elegir cuándo verla, creo que coincidirás conmigo que al atardecer es cuando mejor aspecto tiene el sol. – Ella no respondió y por eso él terminó diciendo. – Por lo menos desde aquí, en otras partes no sé cómo será. Desde que llegué aquí, no he pasado de Cádiz.

La piel de Laura se erizó mientras aquel joven alegre hablaba del sol, celosa de no poder contemplarla. Había oído por la televisión, muchas cosas acerca del sol, de sus amaneceres y de sus atardeceres. Pero cómo había dicho aquellas palabras el vendedor, había logrado que Laura lo imaginara como nunca antes lo había hecho. Se hundió en sí misma y decidió que si quería que la conversación con aquel

chico al que había empezado a imaginar, a pesar del olor a té de altas montañas que desprendía y al poco acento gaditano que tenía, debía terminar con el tema de los atardeceres, antes de que sintiera también, las caricias de los escalofríos.

– ¿Cuál es tu animal favorito? – se le ocurrió preguntar.

La pregunta de Laura sepultó de inmediato las risas del joven. Este, serio y pensativo, terminó respondiendo.

– ¡La cucaracha!

Y Laura se rió confundida. “La cucaracha. ¿Quién en su sano juicio elegiría a una cucaracha sobre todas los animales que había?” se preguntó a sí misma, antes de cambiar de postura y fingir mirar al chico que se reía de tapadillo.

– ¡No te rías! – dijo muy serio. – son las mayores hijas de puta sobre la faz de la tierra. Fullan más que conejos, independizan a sus hijos desde la cuna, si no son muy vagos, vuelan. Son expertas nadadoras, tanto que han desarrollado branquias para fingir su muerte. Comen lo que haya, sin miedo a engordar. No pagan alquiler, ni facturas que yo sepa. Y lo mejor de todo, sobreviven a todo y con los tiempos que corren, yo quiero ser cucaracha para sobrevivir a todo.

Laura terminó riéndose como antes, provocando que las mujeres que los observaban y cuchicheaban, perdieran de vista a la niña. Esta, había ido corriendo a la orilla del mar a por agua para el castillo que construía. El vendedor, al darse cuenta que se acercaba una ola que podría golpear violentamente a la niña contra la arena, se incorporó, gritó algo como: “¡joder, esa niña se va a ahogar...! Y salió corriendo hacia ella para salvar a la pequeña de las fauces del agua. Entonces, las mujeres corrieron hacia el joven, alarmando a todos los que estaban cerca de ellos. Le arrancaron a la niña de los brazos, sin tan siquiera agradecerle por lo que acababa de hacer. Nadie dijo nada, nadie hizo nada.

– Es increíble la poca educación de las personas. – comenzó a decir el joven, mientras se sentaba al lado de Laura, quien había oído los



gritos, mas no había podido juzgar con su visita lo que realmente había pasado, aunque sí que lo intuía. – ¿Cómo se puede prestar más atención a la conversación con las amigas, antes que cuidar de la hija de uno? Ha estado fuera de lugar, ¿no crees?

Antes de que pudiera contestar, su prima apareció con gesto torcido, fulminó con la mirada al vendedor y luego a su prima, aunque fuese consciente de que no podía verla.

– ¿Qué coño quieras? – preguntó cortante.

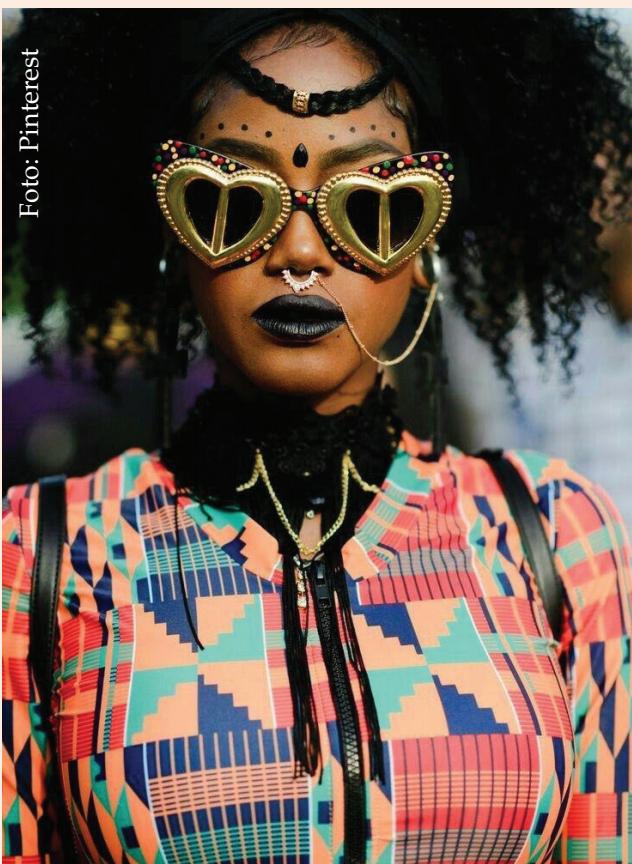
– Vende unos calippos riquísimos. – respondió Laura por él, mientras le mostraba lo que quedaba del calippo de limón.

– ¿Te ha hecho daño?

La pregunta de Elisa confundió a Laura que se quedó con la mano extendida. El vendedor se levantó súbitamente y cogió su portátil, dio varios pasos hacia un lado y esperó en silencio. La incertidumbre de Laura se despejaría, instantes después, cuando su prima, hurgó en su bolso, sacó unas monedas y se las extendió al vendedor, refiriéndose a él como “negro de mierda” y “gentuza”. El muchacho, recogió las monedas y se alejó de aquel lugar cabizabajo. Varios metros después, comenzó de nuevo a cantar las delicias de su negocio.

Tomaron el sol durante toda la mañana, combatiendo el calor con refrescos para Laura y Martinis con hielo y limón, para Elisa que terminaría potando antes de subirse al autobús. Laura volvió al hostal de Sevilla confusa, pero silenciosa. No quiso contarle a su prima lo bien que lo había pasado con el vendedor al que se había referido de forma tan despectiva. En su casa había oído infinidad de acepciones sobre los hombres que venían de más abajo de su hemisferio, de color oscuro, labios carnosos y dentadura abrupta. Maleducados, malolientes y más tontos que mulas. Hombres del hemisferio sur que habían llegado a las orillas de Cádiz para quitarles a los peninsulares, su sustento, su trabajo, su linaje, a sus mujeres y sus médicos. Pero, ¿cómo figurarse a una persona así, después de hablar con aquel muchacho, olerle, sentirle tan de cerca? ¿Qué tendría que ver el color con la persona? ¿Qué tan distintos eran los de su raza y la raza de aquel chico que pensaba que el mar no era tan azul? Su mente cayó en picado, al laberinto de las ideas, a la arena donde la razón y la memoria adquirida, confluyen en un duelo apasionado, cuan gladiadores sedientos de sangre. ¿Debía fiarse de sus sentimientos, de su razón, de lo que le transmitía el mundo o mejor y más fácil, pensar que había sido presa de aquel hombre oscuro que mancillaba a las mujeres desprotegidas como ella?

Negó varias veces con la cabeza, mientras tomaban el ascensor que les conducía a la planta de su habitación. Siguió callada después, mientras eliminaba la arena con un manguerazo de agua tibia. Su prima atribuyó aquel silencio a la desgana de infringir las normas de su padre y a la de vérsela con un inmigrante subsahariano que había intentado ahogar a una niña, mientras ella trataba de que Rubén, el mozo gaditano del chiringuito de la playa, se fijase en ella y mantuvieran sexo cuando su prima estuviese dormida. Era su plan de satisfacción. No sabía por qué, pero desde muy pequeña, se había sentido atraída por actores y periodistas con acento andaluz. Y ahora que estaba en Andalucía, no podía descuidarse por estar pendiente de su prima.



A la mañana siguiente, mientras recuperaban fuerzas en el restaurante del hostal, una sorprendente noticia, calló el murmullo del pequeño recinto, abstrandendo aún más que todos a Laura y a Elisa. Por lo que contaban, había desaparecido una niña en una playa de Cádiz, sobre las ocho de la tarde. A las siete de la mañana, habían detenido al presunto raptor y violador que se negaba a desvelar el paradero del cuerpo de la menor, alegando que no sabía nada de lo que le acusaban. Varias personas que habían estado en la playa, aseguraron haber visto al hombre de origen subsahariano, llevarse en volandas, a la pequeña Paulita. Otros que le vieron disfrazado de payaso y subiéndose a un coche oscuro.

—¡Qué fuer-te —susurró Elisa, mientras alzaba ambas manos y las movía en señal de reverberación acústica.— ¡míralo, es el mismo chico de ayer! ¡Qué fuer- - te!

Laura se quedó estupefacta, con la mente excavando ansiosa, ideas que desechaba y aceptada con veloz aleatoriedad. No quiso decir nada porque no llegó al consenso que creía la más correcta. Únicamente logró balbucear un escueto, “¡joder!”, tras sentir las manos frías de Elisa juntarse con las suyas. No podía ser cierto. Aquel vendedor, había impedido que la niña se ahogara. Luego vino Elisa y le echó. ¡Claro que no podía ser él! Sería muy mal pensado pensar que, mientras hablaban en la playa, él planeaba en secreto aquella atrocidad y que, para reafirmar su idea, se había levantando súbitamente para salvar a la chiquilla de los embistes de las olas, mientras su madre y sus amigas se reían de los *michelines* de alguna mujer que se encontraba a varios kilómetros de ellas, o no. No entendía cómo las personas que podían ver y juzgar con cinco sentidos, en vez de cuatro, eran más ciegos que ella. Pero quién era ella para desmentir tal equivocación, cuando había crecido en un mundo donde su opinión carecía de fundamentos, importancia o relevancia. “¡Qué asco de vida!” terminó gritando para sus adentros.

Aquella noticia descarriló los planes de Elisa, pues no pudo convencer a Laura de quedarse un día más. Volvieron a Valladolid, sin apenas

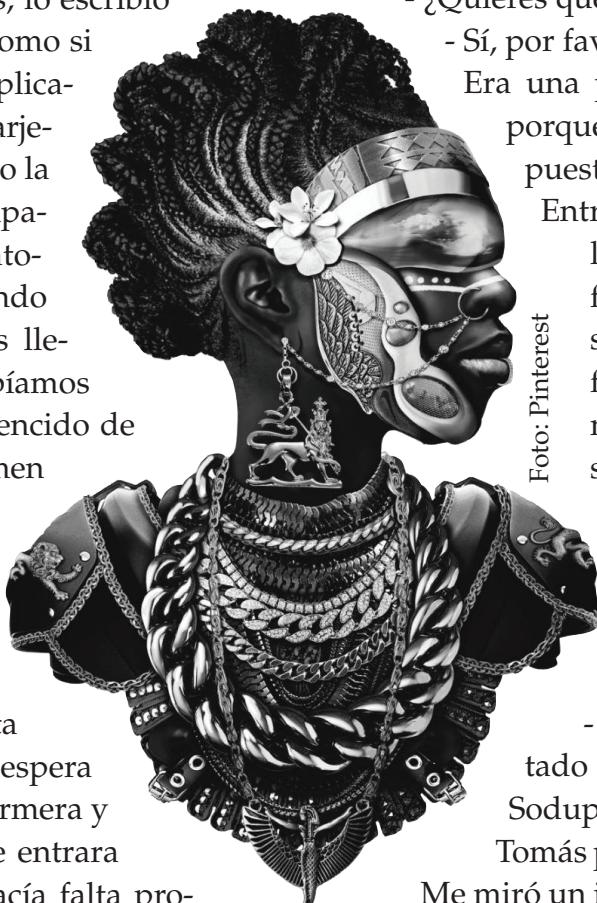
hablar de aquel tema, pero sí de otros tantos. La noticia se extendió como pólvora, creando una oleada de opiniones que dejaron en muy mal lugar al joven de veintitrés años al que identificaron como Mammadou Diop, quien había raptado, violado y luego matado a la pequeña Paulita. Se armó tal marabunta de opiniones que terminó saliendo en la prensa internacional. Se hicieron horas y horas de especiales en la tele, los telediarios más importantes desplazaron equipos de última generación para cubrir el día a día de la madre de Paulita que lloraba destrozada en cada platón de televisión por donde pasó. Por otra parte, los medios, los ciudadanos de a pie y los políticos, se enzarzaron en una disputa de Ley de Extranjería que levantó los ánimos en el congreso de los diputados, en los bares, hospitales, autobuses y en manifestaciones multitudinarias que terminaron cuando el juez dictó sentencia. ¡Pena de muerte! Aplaudida por unos y discutida por otros.

Laura vivió todo aquello en una especie de burbuja que la ahogaba. No quiso hablar con nadie del tema, por la repercusión que eso tendría, para ella y para sus padres que, a su vez, se enterarían de su escapada y la mandarían de nuevo con el padre Nemesio, a un convento de clausura o algún sitio peor. Sintió, padeció y lloró en silencio. No sabía cómo, pero algo le decía en su interior que, aquel muchacho al que terminaron matando, sin cámaras en un principio y, con imágenes filtradas posteriormente, no era el culpable de aquella atrocidad. Pasaron catorce años hasta que el tema del violador de Zahara de los Atunes, volviera a ser noticia. Una mañana del mes de abril, apareció en una carretera al norte de Galicia, una muchacha que respondía al nombre de Paulita. Estaba delgada, con varias marcas en el cuerpo, alegando haber sido raptada en la playa por un hombre disfrazado de payaso que resultó ser amante de su madre. Había sido encerrada, sedada y violada reiteradas veces. Afortunadamente no tuvo hijos con aquel rufián del que consiguió escapar, pero esa historia daría para varias trilogías de terror y pánico y aquí únicamente hablamos de la fe ciega de Laura.



CONSULTA MÉDICA

Las visitas a los médicos, lo escribió Francisco Umbral, son como si la muerte, tan presta y aplicada siempre, te diese su tarjeta de visita. Recordaba yo la cita cada vez que acompañaba a Tomás al ambulatorio, quien iba palideciendo por momentos mientras llegábamos al edificio y subíamos a la quinta planta, convencido de que esta vez, sí, el dictamen médico pesaría como una losa al ser definitivo su veredicto, sin vuelta atrás. Volvió a ocurrir aquella mañana, me acordé de la cita de Umbral en la sala de espera y enseguida salió la enfermera y le pidió a mi amigo que entrara en la consulta. Ya no hacía falta pronunciar su nombre y apellido en alto, sabía perfectamente quien era Tomás Sodupe. Desde hacía unos años me pedía siempre que le acompañase en sus visitas médicas. Hipocondriaco, no se atrevía a ir solo. Tampoco quería molestar a Rebeca pidiéndole que fuera con él, bien porque nada le desagrada más que hacerle pasar un mal rato, bien porque la salud del matrimonio no pasaba tampoco por su mejor momento. O por ambas razones al mismo tiempo. Sea lo que fuere, yo estaba seguro de que todos los males físicos de Tomás tenían que ver con una profunda insatisfacción vital y, en realidad, más que a su doctora de cabecera lo que él necesitaba era quizá una consulta psicológica. Esta vez no iba a ser diferente en absoluto.



- ¿Quieres que entre?

- Sí, por favor.

Era una pregunta retórica la mía porque bien sabía que su respuesta iba a ser la de siempre.

Entramos, nos sentamos en las dos sillas que había frente a la doctora que se mantenía atenta al informe del último análisis mientras la enfermera, sentada también delante de nosotros, al otro lado de la mesa blanca, abría la ficha correspondiente en el ordenador.

- Esta vez hemos detectado algunas cosillas, señor Sodupe.

Tomás palideció más aún si cabe.

Me miró un instante. Ya te lo decía yo, era lo que indicaba el brillo en aquella mirada suya de miope. Seguro que era una cosa leve, me dije, de haberse detectado algo muy grave le hubieran llamado para adelantar la visita. Además, ya tenía Tomás una edad para que aparecieran *cosillas*. De eso hablábamos con frecuencia, del tiempo que pasaba y de sus efectos en nuestros cuerpos.

Ya no éramos esos jovencitos que se habían conocido en la facultad de letras y que se confrontaban a la vida de un modo bien diferente. En aquel momento ninguno de los dos se preocupaba lo más mínimo por la salud, era buena, nos dedicábamos a estudiar, a vivir el momento dado, a disfrutar de alguna velada animada, a pasarnos de la rosca de tanto en tanto y a esperar un porvenir que él



tenía más o menos garantizado, iba a heredar la fábrica fundada por su abuelo y que en esa altura gestionaban su padre y su tío mientras que yo, que no tenía herencia alguna a la vista, me abriría paso en el mundo editorial y literario. De los dos, yo era a todas luces a quien más afectaba la inseguridad. En su caso, no obstante, ese destino tan irrevocable suponía un verdadero infierno, lo que se manifestó bien a las claras cuando terminó la carrera y apenas una par de semanas después entraba a trabajar en la fábrica de zapatos e iniciaba así un lento ascenso que le llevaría a ser el director general de la misma, el puesto que entonces ocupaba su tío, lo que se esperaba de él, lo que a él, por el contrario, no le atraía lo más mínimo y tanto le desasosegaba.

- ¿Qué me pasa, Doctora? ¿Es grave?

Sonrió levemente. Conocía a Tomás, sin duda, y sabía que tenía siempre a la fatalidad.

- En absoluto. Sólo que hay que cuidarse.

Nos describió los síntomas, sin ningún aspaviento, al contrario, como si aquello fuera lo más normal del mundo, sin duda lo era, y llenó un par de recetas y un volante para el laboratorio.

- Dentro de seis meses hágase otros análisis y vuelva por aquí.

Salimos del despacho, tan blanco, tan ordenado, tan austero, y en silencio avanzamos al ascensor. Pulsó el botón de la planta baja.

- Seguro que estoy fatal. Me muero.

- Todos nos morimos de algún modo.

Intentaba quitarle hierro al asunto y reducir el fatalismo sempiterno de Tomás. Pensé que la vida no siempre era del todo justa, lo veía en nosotros, en nuestra actitud ante la vida que estaba a todas luces invertida. Yo hubiera deseado más seguridad, pero las Moiras me habían otorgado justo lo contrario: siempre a dos velas, con trabajos precarios, sin agarraderos a los que sujetarme, a una edad además

en que uno comenzaba a colmar sus aspiraciones, pretendiendo ser escritor en un tiempo en el que la literatura no parecía importarle a nadie, para mí este estado de incertidumbre me agobiaba no poco. En cambio a Tomás lo que le causaba la mayor de las zozobras era justamente esa seguridad y tal vez conseguirlo todo con excesiva facilidad. Ni siquiera había tenido que bregar por estudiar literatura e incluso arte dramático en el Instituto del Teatro cuando lo normal hubiera sido que sus padres y su tío le insistieran para que estudiara empresariales o derecho, lo más acorde al puesto que heredaría. Se casó por otro lado con su novia de toda la vida, inteligente, atractiva, moderna y abogada, todos decían que Rebeca y Tomás formaban la pareja ideal, aunque yo sabía que aquel pretendido paraíso tenía sus claroscuros y no le caracterizaba casualmente la pasión.

- Vamos a tomar algo.

Era esta otra costumbre establecida entre nosotros: el desayuno postmédico. Delante del ambulatorio había uno de esos cafés-degustación que en buena medida servía a un montón de gente para aliviar y endulzar las noticias, casi nunca buenas, que te daban los médicos. Tomás ya había avisado de que no aparecería por su despacho en toda la mañana y yo no tenía que justificarme ante nadie, contaba además con ello. Así que ocupamos una mesa, Tomás pidió su habitual café con leche y un pastel con nata, y yo uno solo y una pasta.

Me miró con la misma desolación de hacía un rato. La camarera en ese instante dejó nuestro pedido ante nosotros.

- Si no fuera por estos momentos –oí que Tomás murmuraba con deleite.

Goloso, introdujo la cucharilla del café en la nata del pastel y olvidó de inmediato esa tarjeta de visita que la muerte, una vez más, con puntualidad esmerada, acababa de entregar.

Por Juliana Mbengono

LA LUNA NO SE LA PUDO TRAGAR

“Era una mujer que se iba al campo todos los días y trabajaba hasta muy entrada la noche, incluso en los domingos cuando otras mujeres se iban a misa con sus hijos y los hombres descansaban en el *abaha*¹ bebiendo *malamba*².

La luna bajó y dijo a los habitantes del poblado que nadie se quedara trabajando en el bosque tras la puesta del sol, mucho menos si había luna llena o claro de luna. Todos obedecieron, pero ella no. Como siempre, salió a faenar otro domingo con el hijo metido en la cesta que llevaba a cuestas.

Cayó el sol y salió la luna, ella seguía recogiendo mazorcas de maíz y *bambucha*³. Aprovechándose del claro luna, siguió trabajando en el campo hasta muy entrada la noche sin importarle que al niño le picaran las hormigas. Ya agotada, cargó la cesta sobre la espalda, al niño entre sus brazos y emprendió el camino al pueblo.

Ya muy cerca del pueblo, cuando ya podía escuchar las voces de la gente y ver, a distancia, las llamas de los fogones y las lámparas de queroseno, la luna se bajó del cielo, abrió su enorme boca y se la tragó.

Los habitantes del pueblo la buscaron durante el día. Cuando cayó la noche y salió la luna, una vieja desdentada acusada de brujería por estar siempre, siempre, siempre observando el mundo en la cara de la luna, señaló al cielo con un dedo tembloroso. Ahí estaba ella, encerrada en el vientre de la luna con el niño en el regazo y la cesta en la espalda”.

Esta es una historia anónima de la etnia fang de Guinea Ecuatorial, me la contó mi tía para que dejara de trabajar tras la puesta del sol, pero ahora que he crecido y sé que no hay una mujer encerrada en la luna, aunque la sigo viendo cada vez que observo la luna llena, sé que esta podría ser la historia disfrazada de una mujer esclavizada por su familia y pareja.

¿Qué necesidad tenía ella para llevarse a un bebé que apenas caminaba a la finca y quedarse hasta muy entrada la noche? A veces pensaba que su marido la asesinó y se le echó la culpa a la luna que ni es celosa ni es peligrosa; otras veces creía que ella se suicidó, pero últimamente estoy convencida de que ella huyó muy lejos del poblado para no volver y las otras mujeres, sobre todo la vieja que veía su sufrimiento, lo sabían y por eso, para que nadie la siguiera, se inventaron la historia de que la luna se la había tragado a medio camino.

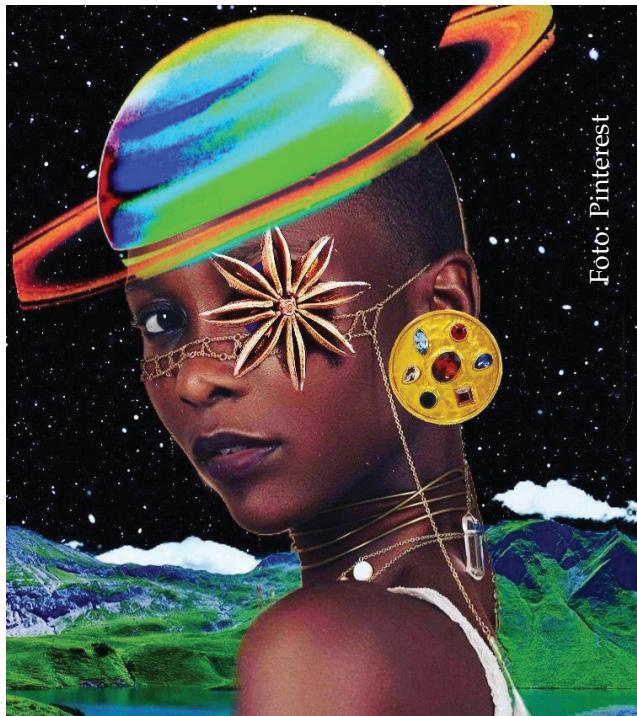


Foto: Pinterest

1 Abaha: casa comunal en las aldeas fang.

2 Malamba: vino de caña fermentada.

3 Bambucha: hojas de yuca. Es un alimento muy apreciado en la cocina fang.

Por Bertha Caridad

LOS TESOROS QUE GUARDÉ...

Me preguntas, qué hice con el viento que despeinó tu cabello aquel atardecer, acaso lo olvidaste, si te lo susurré mil veces entre los besos que te robé, está en el cofre dorado, aquel, que te gustaba y querías quedarte con él.

En él, guardé también tus canciones y el poema, ¿recuerdas? El que nunca pude entender, guardé tus mimos junto al silencio,

con el verde de tus ojos que me hicieron estremecer, hasta el olor de tu piel guardé.

Guardé los rayos de sol y las lágrimas de las nubes que sequé con el pañuelo blanco aquel, en el que tus iniciales bordé, hoy, me alegra haber guardado tanto, cuando quieras, todo todo podrás ver, ¡las llaves, encima del cofre dejé!

Poemas de Rolando Revagliatti

Es lo que ahora

Lo que no es mi cabeza
lo que no es mi cabeza ni mi cuello
lo que no consta en mi rostro

es lo que ahora
les provoca a los aprendices
la avidez
inicua

de la carnicería.

Foto: Pinterest



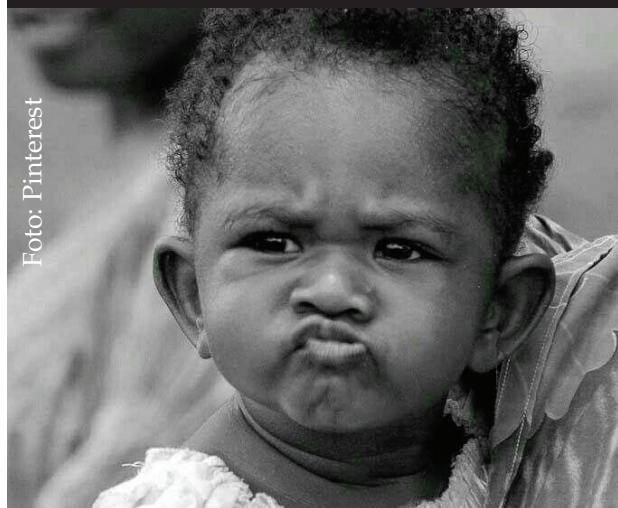
Siento lo que ignoro

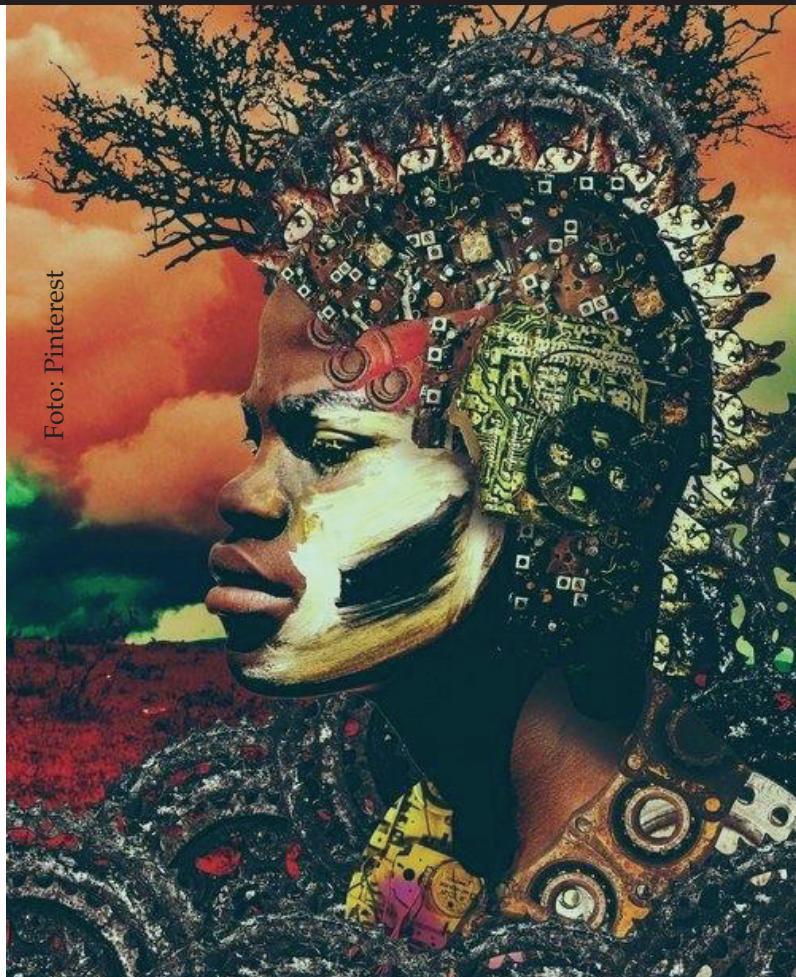
No es verdad que no recuerdo nada

y es verdad

que dudo
y creo recordar

y es verdad
que no invento.





Lealtad

Si te caes,
seré tu ángel custodia.

Si lloras,
seré tu consuelo.

Si te desanimas,
seré tu resiliencia.

Si olvidas,
seré tu memoria.

Si existes...
Existiré.

Porque ante la debilidad, el llanto, el desaliento y
el olvido...
Siempre sabrás que existo.

Entre Prometeo y Jano

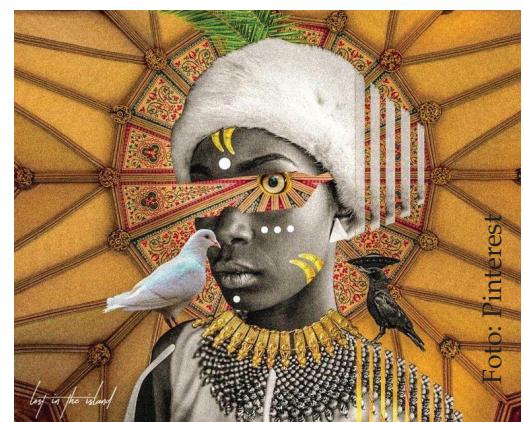
Correré
hacia el sol
-como un niño inocuo-
para recoger fragmentos de luz
y reír de rondón y a buena fe...

El camino...
sembrado está de rosas y ortigas;
de aguas y fuegos...

Mi denuedo lucha en buena lid
con brío asaz ñangotado.
Y la niñez que me habita
se hace piélagos y archipiélagos.

Buscaré incansablemente
un cielo
que germine sueños rozagantes;
una singladura
donde afloran vocablos
con latidos de poesía.

Correré
para no suicidarme
en el laberinto de las quimeras;
correré
para no ser el grato botín
de la inepticia, la mitomanía y la
megalomanía.



ESTAMOS SOLOS

Estamos solos en un largo viaje,
sin señales luminosas que nos guíen,
sin maletas que guarden el caudal
de nuestras vidas. Nadie vendrá
esta tarde a conversar con nosotros.
Estamos en medio del océano
de olas que se elevan sobre la cabeza
varios metros a cada envite de las olas,
de golpes de viento que nos azotan
con saña una y otra vez la cara
hasta hacernos surcos, visibles
huellas imborrables en el rostro;
el bosque, donde los árboles impiden
ver en un asomo el horizonte;
la cumbre nevada de los más altos
picos del mundo. No se puede
cerrar los ojos al cruzar de acera,
mirar al sol sin deslumbrase, huir
uno de uno mismo. En el mar azul
e inmenso, la espesura de una selva,
el techo de las montañas, vivimos
también rodeados de personas
ocupadas de continuo en lo suyo:
una pequeña multitud está cerca
de nosotros; pero siempre solos,
a merced de quien nosempuja,
zarandea consu fuerza. Como Ulises,
queremos matar a Polifemo
de un golpecertero en la frente,
para regresar de nuevo a Ítaca;
volver sobre nuestros pasos
en el laberinto, juntar el hilo
de tantos recuerdos que apenas
hoy nos parecen nuestros recuerdos,
memoria de gente amiga
que quisimos mucho antaño,
cuando aún nuestro corazón
era capaz de sentir y de dolerse,
dejarse llevar por la alegría.
Estamos solos en un largo viaje,
el ilimitado mar que no se alcanza,

la espesura de la selva, el techo
de las montañas, el ruido de la calle
que no sofocan las contraventanas.
Yedras de un bosque golpean los cristales,
las ruedas de un coche
patinan en la carretera, el cielo
se encapota de repente con densos
nubarrones negros. Nadie vendrá
esta tarde a conversar con nosotros,
cogernos de las manos, besarnos en los
labios, porque estamos solos
en un largo viaje sin señales
luminosas que nos guíen de regreso.

(El tipo del espejo,2010)



Foto: Pinterest

www.nevandoenlaguinea.com